

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ. : PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

Teoría y práctica del movimiento obrero

A fuerza de particularizar la propaganda anarquista y de colocar las ideas en un lugar inaccesible para el común de las inteligencias, hay compañeros que llegaron a suponer que el anarquismo es algo así como el privilegio de uno pocos: de los más selectos de la intelectualidad proletaria, que generalmente muy poco contacto mantienen con el proletariado. Descubrimos en ese concepto particularista un remedo de individualismo, ya que hacer de la ideología libertaria — que es sentimiento y acción — un dogma intelectualista o cerebralista que no pueden interpretar las inteligencias medianas, supone de hecho el mantenimiento de una capilla dogmática que muy poco se interesa por las luchas de la clase trabajadora.

Si se considera al proletariado, por sus condiciones económicas y por su situación de permanente sujeción al yugo del salario, colocado en el camino del anarquismo; si aceptamos que las masas están instintivamente en el terreno de la revolución y sus luchas tienden a concretar fines sociales superiores a la conquista de mejoras económicas; si, por ese mismo convencimiento del valor de nuestra propaganda en el movimiento obrero, llegamos a la conclusión de que los anarquistas somos los principales animadores de la energía popular exteriorizada en repetidos intentos subversivos, cómo es posible que nos detengamos aún a discutir si el anarquismo es privilegio de unos pocos o concreta en cambio anhelos y aspiraciones colectivas?

Un anarquismo intelectualista, que teme entrar en contacto con la masa obrera, o a lo sumo se acerca al proletariado para recordarle su pequeñez intelectual, no es, no puede ser el compendio de las teorías sociales anarquistas. La anarquía no es una bella abstracción filosófica, sin contenido real en las luchas del presente; es, más que nada, un sentimiento de libertad y justicia, una aspiración de futuro que "sienten" los trabajadores aún cuando la mayoría no sepa expresarla. Y ahí está precisamente el valor de nuestras ideas: la verdadera potencia espiritual del anarquismo.

Los teóricos del anarquismo — nos referimos a los que no conocen las prácticas del movimiento obrero y no llegaron a identificarse con las luchas y aspiraciones del proletariado — emplean dos métodos distintos para juzgar los problemas sociales. Sin rechazar por completo la organización sindical, reducen las funcio-

nes del sindicato a sus objetivos más inmediatos: la conquista de un mayor salario. De acuerdo con esa concepción clasista, el movimiento obrero no saldrá nunca del círculo económico y estaría condenado a seguir todas las alternativas del desarrollo industrial y a girar en el círculo vicioso del capitalismo. Limitada la acción de los trabajadores a esa precaria lucha de clases, reducidos los sin-

tentativas de particularización de un movimiento de ideas ineludiblemente ligado al problema económico, se debió a la carencia de un método "propio" que señalara la pretendida diferencia entre los trabajadores organizados y los anarquistas. Como los antagonismos reales están en las ideas y no en los sistemas de organización (que son siempre una consecuencia de aquellas), los "partidos"

ses donde más poderosa era, la influencia de nuestras ideas, llegaron al mismo punto negativo frente al movimiento obrero. La tendencia individualista y antiorganizadora (una atenuación del individualismo intelectualista), llevó a los anarquistas de Italia y de Francia al extremo de la cuestión social, quedando fuera del campo de agitación y de lucha del proletariado. Y el exceso de sindicalismo, que significó en estos últimos años el más completo olvido de las ideas, corrompió en España el movimiento anarquista, eliminando de las prácticas gremiales la influencia de la ideología libertaria y reduciendo el campo de acción de los anarquistas a la lucha por el salario.

Para explicarnos ese fenómeno debemos tener principalmente en cuenta las orientaciones que los anarquistas de Europa siguieron en el movimiento obrero. El error, según nuestra manera de ver, parte de la táctica antiorganizadora de unos y de la concepción sindicalista de otros. Colocarse fuera del movimiento obrero con la pretensión de orientarlo en los períodos normales y de dirigirlo en un trance revolucionario, significa convertir el anarquismo en una concepción política. Y de nada sirve que se declare previamente que el anarquismo no quiere dirigir políticamente a los trabajadores, ya que otra cosa no supone esa pretensión de orientar desde afuera a los sindicatos obreros. Intervenir en el sindicalismo como componentes de una clase "necesariamente" enemiga de otra clase, obrando en los conflictos económicos como simples asalariados que solo persiguen un fin de mejoramiento en sus condiciones materiales, importa a la vez una negación de las ideas, un desconocimiento del factor moral que obra como determinante en las acciones de los pueblos y va creando en la conciencia colectiva la noción de una nueva vida y de un nuevo derecho.

He ahí, pues, el obstáculo del anarquismo. La falta de armonía entre la teoría y la práctica del movimiento obrero, la ausencia de un método para integrar las diversas manifestaciones de la propaganda anarquista es la causa de repetidos fracasos. Si la posición de los anarquistas en los sindicatos estuviera asegurada con un concepto claro de lo que el sindicalismo vale y representa como medio de acción y de lo que las ideas pueden aportar a la orientación del movimiento obrero, serían difíciles sino imposibles las continuas desviaciones del proletariado. Pero tanto los antiorganizadores como los anarco-sindicalistas (anarquistas en el grupo doctrinario y sindicalistas en el gremio), se desprecuparon de la orientación de los trabajadores, rechazando los primeros por completo

POLITICA FASCISTA



Italia — ¿A donde me llevas caro dux? Mussolini — No te asustes. Caminemos un poco más y veneremos el obstáculo... con una pirueta.

dicatos a esa inútil función corporativista, claro está que los anarquistas deban buscar fuera del movimiento obrero el complemento a sus luchas. Y el anarquismo teórico ofrece una organización propia, es eficaz que no solo no plantea los problemas sociales en forma distinta al sindicalismo, sino que también incurre en los mismos errores de la organización económica del trabajo.

Todos los ensayos de anarquismo partidista — organizado en partido "político", al margen o por encima del movimiento obrero — fracasaron lamentablemente. El fracaso de esas

anarquistas o bien quedaron reducidos a pequeños grupos doctrinarios sin influencia alguna en la masa trabajadora o se confundieron con el movimiento obrero, prestandose al juego de los sindicalistas y olvidando los principios libertarios y la posición intransigente de los anarquistas frente a las corporaciones dominadas por los marxistas y obsecuentes con la práctica reformista de la social-democracia.

El ejemplo de esa desviación y olvido de las ideas nos lo ofrece el anarquismo europeo. Por dos caminos distintos, los anarquistas de los paí-

Vivíamos con la convicción de que era un período transitorio el que atravesábamos, pero en lugar de praver que la brújula del mundo pudiera inclinarse de parte de la reacción, confiábamos ciega e irreflexivamente en nuestro propio triunfo. Frente a los aterrados burgueses pensábamos con orgullo y con orgullo que muy probablemente dentro de poco tiempo los tendríamos a nuestro lado, como iguales, en el taller, junto al yunque. o en el campo, arando olivos.

Las graduaciones de este fenómeno internacional son tan insignificantes que podríamos pasarlas por alto. De Lenin Mussolini o a Primo de Rivera, la variación es escasa; nosotros, los anarquistas, podríamos constatar ciertas diferencias: en Rusia nuestra prensa y nuestra propaganda están totalmente estranizadas; en Italia, aunque en círculos muy reducidos todavía, se puede hacer oír la voz serena de un Malatesta en esta hora de tragedia. Pero estas diferencias que nos atañen particularmente no deben antojarse en nuestro juicio; para nosotros es igualmente condenable la dictadura de Lenin que la de Mussolini y no podríamos combatir una sin combatiólas todas, pues si la revolución no será nacional o

tierra de los inquisidores, la patria de los torturadores del Montjuich, ha visto mucho en los días inolvidables de la *Monte Negra*, de Alcalá del Valle, de Cambalillo Nuevos, pero, las lágrimas y la sangre vertidas en estos últimos tiempos, ha superado todo lo que era de esperar en mérito a las nobles tradiciones, de la historia española. La época de las leyes borbónicas de excepción no podría compararse con este período de dictadura militar en Alemania bajo la protección de la socialdemocracia. La actual represión en los Estados Unidos no es inferior a la que siguió después de los acontecimientos de Chicago en 1886. En todos los países grandes y pequeños, habría trabajo incesante para los Giovanetti. Con un poco de paciencia podrían presentarse a la posteridad las estadísticas más espantosas del martirio revolucionario y de la ferocidad de las clases dominantes. Y ese es un trabajo que debería realizarse. El dolor de nuestros hermanos de todas las latitudes y de todas las nacionalidades acrecienta nuestra capacidad solidaria y nos fortifica espiritualmente en la resistencia a la reacción. Un día nos llega la verdad de las matanzas de la Patagonia, otro el veredicto fascista contra los mineros de Valdarno o los campesinos de Minervino Murru: hoy el asesinato de Wil-

He ahí, pues, que si carecemos de fuerza para contrarrestar las marchas sobre Roma, si en este período de depresión no hemos opuesto barrizadas al avance fascista, nadie impedirá que opongamos a las ideas de la reacción nuestras ideas. Y las ideas de libertad y de justicia vencerán a las de dominación del hombre por el hombre y a las de la arbitrariedad.

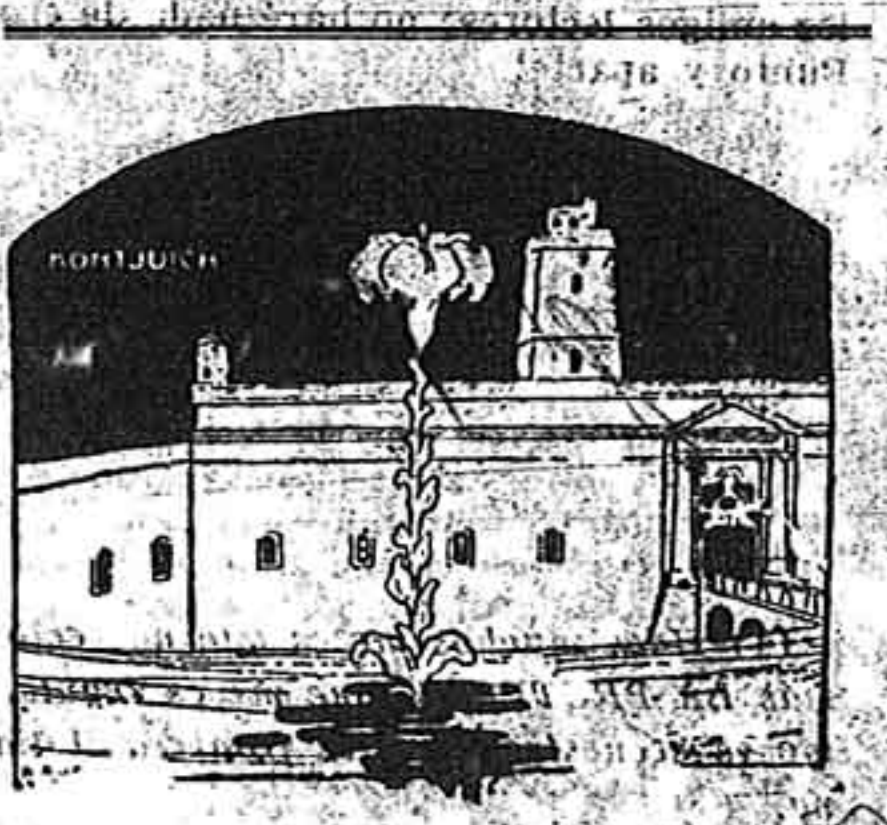
Nos encañaramos grandemente si pensáramos que la reacción sólo implica un problema de fuerza; el mismo error sería imaginar que la reacción es también un nuevo problema militar. La revolu-

D. Abad de Saxatilla

15 de enero, 1924.

La mayor parte de la clase obrera ha sido organizada, por amor o por fuerza, en las llamadas "corporaciones masónicas fascistas", especialmente en los centros menores; y muchos elementos que desearían permanecer independientes, si no pueden defender la ira enemiga siendo fieles a sus organizaciones, prefieren estar desorganizados. Los que todavía son adherentes de las varias organizaciones libres que han quedado en pie (grupos sociales, federaciones socialistas u organizaciones "blancas"), lo son más por espíritu de resistencia o por apego a sus ideas que por un fin de verdadera acción sindical, que se ha hecho hoy casi en todas partes y completamente imposible.

Pero al ir tratando de los asuntos que han formado el objeto de mis artículos puede parecer por el momento fuera de la realidad, podrá ser útil en el porvenir. Podrá de todos modos servir, en otros países, de lengua española, en que está el



seis o siete años más o menos, primero exclusivamente con la propaganda en la prensa anarquista, — *L'Agitazione*, *L'Alleanza Libertaria* y la revista *Il Pensiero*, de Roma, — luego directamente, durante casi dos años — como organizador (1909-1910). Participé en aquel tiempo en muchas reuniones y congresos obreros y fui secretario del Sindicato de Metalúrgicos de Bolonia, entonces muy importante; y de las varias huelgas a que contribuí con mi obra modesta, algunas están todavía en la memoria del proletariado boloñés.

Fue Armando Borghi quien me sacó de las ocupaciones exclusivamente periodísticas y del trato de las cuestiones teóricas, y me empujó a la vida activa del proletariado combatiente; con él y muchos otros compañeros anarquistas pude así contribuir a crear en Italia un vasto movimiento sindical y de oposición al reformismo, que poco más tarde culminó en la constitución de la Unión Sindical. Y hasta hoy agradezco al compañero Borghi la viva experiencia que en aquellos años pude hacer.

Las observaciones que yo hice en aquel período de tiempo me fueron preciosas. Habíamos fundado entonces en Bolonia, — Domingo Zavattero, María Riggler, Armando Borghi y yo, — el periódico *L'Agitatore*, que debía ser precisamente el fiancheggiatore anarquista del movimiento obrero en que participábamos, y ser a la vez el portavoz de los anarquistas de la vecina Roma empeñados en la lucha de los braceros agrícolas para el uso de las máquinas. María Riggler — que algunos años más tarde había de concluir en un campo tan lejano, opuesto y enemigo al nuestro — había en aquel momento venido del sindicalismo socialista al anarquismo, y traía al periódico y al movimiento el apoyo de su endiablada y desinteresada actividad, de su ingenio y de su vasta cultura, unida, por desgracia, a un temperamento disolvente, que contribuyó al nacimiento y desarrollo de una cantidad de discordias. En *L'Agitatore* inicié con algunos artículos arriba recordados, el examen desde dentro, desde el punto de vista anarquista, del movimiento obrero y sindical; pero interrumpí el trabajo porque, amargado por las desilusiones y las discordias, abandoné primero el movimiento obrero y después el político, para dedicarme a la enseñanza.

Como y de qué modo pude luego continuar trabajando para nuestras ideas no es aquí el caso de decirlo. Con Agostinelli y Malatesta fundamos en 1913 *Volontà* de Ancona (que fue sobre todo órgano de Malatesta); después vino la "semana roja", después la guerra, después la trasguerra convulsiva, y *Umanità Nova* diario en Milán y Roma; después la debilidad proletaria, el fascismo, la reacción estatal... Así, cuando a fines de 1922 — suprimida casi completamente en aquel momento nuestra prensa en Italia — los amigos de LA PROTESTA me invitaron a escribir para su simpático suplemento semanal, y sentí la necesidad de abstraerme de la dura realidad y tratar asuntos que no me obligasen a hurgar en heridas demasiado dolorosas, volví a pensar en el trabajo de revisión y de crítica ideado y truncado once años antes, lo recomencé y lo proseguí...

Hoy he terminado ese trabajo, al menos en lo que me concierne. No he dicho todo, ciertamente; y ahora que he terminado no estoy mucho más satisfecho. En muchos asuntos sería necesario un examen más cuidadoso, en otros tal vez habría que corregir algo... Pero en suma, de atenderme a mí mismo, quizá sería necesario rehacerlo todo. No se espanten, los amigos lectores; no haré nada de eso. Punto y aparte!

Luigi Faber

(1) Hace muchos meses que no recibimos LA PROTESTA, que me es regularmente secuestrada en la frontera italiana.

Los grandes artistas EL GRECO (1545-1614)

Felipe II no era ciertamente capaz de elevar su devoción fúnebre hasta el nivel de la pasión que llenaba a una pequeña iglesia de Toledo de rostros lívidos por el aflujo de la sangre al corazón, de ojos afiebrados, y de una adoración frenética y de manos resacas elevadas hacia el cielo. Si no, algo de grande hubiese podido salir de su encuentro con el Greco. Cuando Theotocopi llegó a Toledo, no hacía aún veinte años que Ignacio de Loyola hablaba arrastrado hacia el altar de la virgen para depositar su espada. Don Juan de Austria enarbolaba la bandera de Cristo al gran mástil de los navíos que conducía a Lepanto. Teresa de Avi-

y las flores de las agonías reales estaban ya dispuestas, lleva a ese mundo trágico el fervor de las naturalezas ardientes donde todas las formas nuevas de sensualidad y de violencia entran en lamas de fuego.

En el fondo ese hombre joven de veinticinco años era un viejo civilizado lleno de neurosis seculares, a quien los aspectos salvajes del país al cual llegaba y el carácter acentuado del pueblo entre el cual vivía subyugaron desde el primer instante. Toledo está hecho de granito. El paisaje a su alrededor es terrible, de una aridez mortal, con colinas peladas llenas de sombras en las depresiones, un



EL GRECO — *Del apocalipsis*

la conclusión de quemar las últimas cenizas de su carne. Durante cuarenta años ella había acogido la llama del sur, el ardor de las rocas, el olor de los naranjos, la crueldad de los soldados y el sadismo de los verdugos, el gusto de la hostia y del vino para torturar y purificar en el fuego de todos los sentidos, dirigidos hacia su vida interior, el corazón ofrecido a su amante divino. Dentro, el Santo Oficio no dejaba extinguir ni una sola hoguera. Afuera, capitanes vestidos de negro llevaban contra la Reforma hombreros flacos, nutridos con pólvora, que se batían con el rosario en el puño. El duque de Alba ahogaba a Flandes en llamas y sangre. El incendio de los suplicios y de las batallas atestiguaba en todas partes de la fidelidad de España a su juramento.

El cretense, que veía brillar todavía en el fondo de su memoria la luz pequeña y roja que ilumina a los iconos en las capillas ortodoxas, y que el Ticiano y el Tintoretto habían iniciado en la pintura en su Venecia donde el lecho de púrpura

torrente encajado que truena y grandes nubes lentas en el cielo. En los días de sol arde en llamas, y es lívido como un cadáver en invierno. Apenas si aquí o allá la uniformidad verdosa de la piedra florece con la palidez argentada de los olivos, o con la lívida mancha rosada o azul de un muro pintado. Pero ninguna tierra obscura, ningún follaje rumoroso; es un queleto desnudo donde nada viviente murmura, un absoluto siniestro donde el alma no tiene otro refugio que la soledad infinita o la crueldad y la miseria en espera de la muerte.

Con ese granito molido, ese horror, esa llama sombría, el Greco pintó sus cuadros. Es una pintura terrible y espléndida, gris y negra, iluminada con reflejos verdes. Los trajes negros no tienen sino dos manchas grises, los cuellos y los puños, de donde salen cabezas huesosas y manos pálidas. Soldados o curas, son el último esfuerzo de la tragedia católica. Llevan ya luto. Entierran a un guerrero en el hierro y no miran sino al cielo. Sus rostros grises tienen la aridez de la ple-

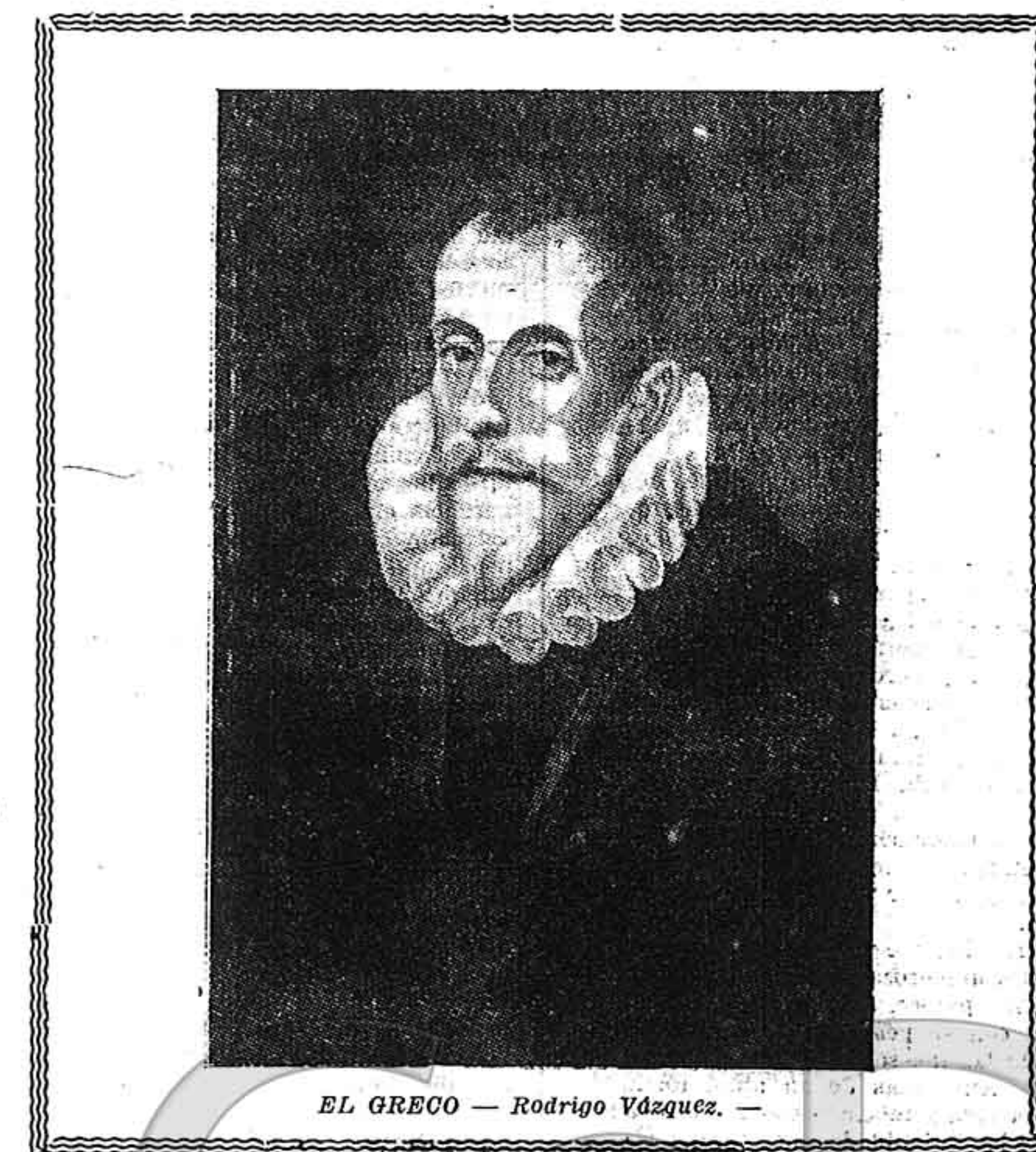
dra, los ojos salientes, la piel seca, los globos oculares hundidos bajo las órbitas huecas parecen aferrados y contorneados por una pinza de metal. Todo lo que define el cráneo y el rostro es perseguido sobre las superficies duras como si la sangre no llenara la carne ya marchita. Se diría que desde el centro del ser la piel es atraída por ligamentos nerviosos. No existe sino el ojo ardiente, fijo en la voluntad de alcanzar la muerte a fuerza de esterilizar la vida. Se sigue la mirada interior y os conduce hacia el corazón implacable. Las bocas son como cortes. El pelo rarificado por el ayuno, el ascetismo, la asfixia lenta que sube de los braseros encendidos en cámaras cerradas. El vicinato del desierto parece haber pasado por allí.

Cuando la tela roja inundada de oro de un obispo expande sobre los fondos uniformemente grises y negros el recuerdo suntuoso de Venecia y del Oriente, se diría que el pintor ejerce su fuerza en manejar las voces del mundo para dar más acento al triste brillo de caras grises, a las armonías de muerte y de polvo que suben como un himno a la alegría silenciosa de ofrecer en sacrificio al espíritu divino de la vida todas las alegrías que ella nos tiende. Su arrepentimiento de haber nacido lo persigue hasta el fin, pero cuando lo expresa en su pintura, la magnificencia que ella toma lo venga de sus terrores. Sean cuales fueren los elementos de equilibrio que persigue un artista, casi siempre inconscientemente, lo gule el misticismo más puro o el sensualismo más violento, no es un gran artista sino cuando realiza con ellos esas sinfonías misteriosas donde la materia y el alma de la vida parecen presentes al mismo tiempo y mezcladas de toda eternidad y para siempre. No es necesario que haya por encima de los grupos del Greco ángeles sobrehumanos y espectrales que se elevan, o detrás de sus Cristos suspendidos enormes nubes grises que lo aíslan del universo, la sombría claridad está doquiera en las frentes levantadas, las órbitas vacías, la tierra árida y los hábitos de terciopelo negro. Está en él, centro ardiente de todas esas cosas, profundo poema viviente formado por el encuentro de la obediencia y de la libertad, del mundo voluptuoso y tolerante de donde viene con el suelo más áspero, con el pueblo más trágico; del espíritu más severo del catolicismo de occidente con los recuerdos más desordenados de la ortodoxia oriental.

Nunca el ideal cristiano expresa con mayor ansiedad su impotencia para separar en dos porciones la vida. El espíritu quiere arrancarse; es inútil. Lo que es bello en las formas divinas es sacado siempre de la ciencia que posea de las formas terrestres y a ellas vuelve siempre. Al final de su vida pintaba como un alucinado, en una especie de pesadilla estática donde lo perseguía solamente la preocupación de la expresión espiritual. Deformaba cada vez más, alargaba los cuerpos, afilaba las manos, vaciaba las máscaras. Sus azules, sus rojos vinosos, sus verdes, parecen iluminados por algún pálido reflejo que envía la tumba cercana o el infierno entrevisto de las felicidades eternas. Murió antes de haber realizado la forma del sueño que lo perseguía, posiblemente porque él mismo era ya demasiado viejo y no encontraba en sus huesos endurecidos, sus nervios irritados y débiles, la fuerza que había menester para buscar en el amor de los aspectos del mundo el contralor y el apoyo

de sus visiones. ¡Y sin embargo, qué esfuerzo! Cuando se entra, en los días santos, en esas iglesias de España donde la claridad de los cirios y los vapores de incienso hacen olvidar por un instante el horror y la vulgaridad de las imágenes que se entreven, tiene también que librarse

tanos. Ella es el testimonio de la impotencia del genio para separarse de sus raíces y de la majestad que adquiere cuando consiente en nutrirse con ellas. El Greco hubiese debido ayunar y llevar el cilicio. Hubiese debido seguir a pié desnudo las procesiones en el polvo del



EL GRECO — *Rodrigo Vázquez*

uno mismo uno de esos combates de los cuales se sale enervado y un poco titubeante de esa ebriedad donde el éxtasis del paraíso deseado anula el alma y el cuerpo de los que quieren olvidar. El solo ha sabido ver brazos que se elevan como para levantar la pesadez de los cielos y separar sus velos. Quedando al pié de la cruz, pudo él solo penetrar la sombra cómplice que elvase de todas partes para ocultar el asesinato, y seguir con una mirada terrible a caballeros fantasmas que penetran por un camino vacío. Él solo vió a los que no quieren conocer más nada de la tierra, formas estiradas, como impetrantes, todas enteramente aspirando hacia algo de más alto, manos que parecen alargarse en luces sobrenaturales, troncos demacrados que penden y también cuerpos jóvenes desnudos que no puede arrancar de la inocencia de la vida, pero alrededor de los cuales vagan claridades fosforescentes venidas de no se sabe dónde.

En los orígenes lejanos de esa elegancia invencible que no pudo anular su necesidad de expresar más de lo que podía, se hallaba al Griego, al Griego de las edades olvidadas, de Helena. La sombra de los dioses que erraba todavía sobre las riberas del mar meridional había bebido un vino fuerte en la copa de oro de Venecia y se había dejado llevar, sin que el Greco pudiese consumirla toda, a los desiertos ardientes donde la aridez de las cosas no permite al espíritu otra solución que la de la muerte. Era ella, no podía morir, había sobrevivido a los doce siglos de compresión que la degeneración oriental hizo sufrir a las imágenes bizantinas, sobre las cuales se diría que una llama pálida y larga sube, como esos fuegos errantes que danzan sobre los pan-

granito, con los tobillos llagados por una traba, llevando una pesada cruz de hierro y oculto por una cogulla para no tener el orgullo de su humillación. Hubiese debido pasar las noches ardientes que fuerzan a la voluptuosidad a retorcerse en la tortura de la castidad voluntaria, para hacer pasar a la mañana su fuerza exasperada en los rostros siempre lívidos, que piden el cielo, y los trajes siempre negros que atestiguan de nuestro duelo de haber vivido. No importa. El tuvo una hija. Ama a los niños y las mujeres, y siempre la sombra ardiente y el paisaje desnudo. Toda su voluntad de ser superior a la vida atraviesa muchas veces el centro potente de la vida que hace pasar su lava, cuando se ha sentido con ardor, hasta en la muerte y las tinieblas eternas y los huesos pulverizados.

Más allá de la existencia, cuando nuestra memoria se extingue, nada de nosotros queda, sin duda. Sin embargo, si existe en alguna parte un lugar donde las sombras vagan, si hay en algún valle siniestro cadáveres de pié, espectros vivientes que no han perdido aún su forma, Dominico Theotocopi solo, después del Dante, ha entrado allí. Se diría que él explora un planeta muerto, que descende en volcanes apagados donde la ceniza se acumula, y que una luna pálida, casi velada, ilumina. Pero todo eso él lo ha visto. España tiene en esos aspectos, bajo la nieve en invierno, o en los días tórridos, cuando el sol ha calcinado las hierbas, cuando no hay en la existencia sino la vibración del silencio, un fúnebre fardo pesando de no se sabe dónde en el corazón, mirajes lívidos, lagos tristes como el estaño, que se forman y borran sobre el horizonte en ascuas.

ELIE FAURE

De Sebastián Faure

Recuerdos y notas acerca de Luisa Michel

Son ya ancianos y comienzan a desaparecer, los militantes que han conocido — lo que se denominó conocido — a Luisa Michel.

Los jóvenes que han salido de la guerra para entrar en las organizaciones llamadas de "lucha de clases" no pudieron acercarse a esta mujer verdaderamente excepcional por el corazón y el espíritu quien, desde la Comuna hasta su muerte, encarnó magníficamente el espíritu de rebeldía y de libertad.

Esta circunstancia puede, únicamente, explicar sino excusar el caso de ese modesto y valeroso anónimo, quien, en *L'Humanité* le ha consagrado un artículo del cual, lo menos que se puede decir, es que insulta gravemente la memoria de la mujer que pretende glorificar.

¿La revolución rusa? ¡Oh! Si, Luisa la hubiera aclamado y amado tanto como nosotros mismos la hemos aclamado y amado. De lo que se infiere, que ella, como todos los verdaderos revolucionarios, hubiera execrado y combatido la Dictadura que ha matado paulatinamente esa gloriosa revolución.

Para defender contra las hordas Versailles la Comuna agonizante, Luisa Michel empuñó voluntariamente las armas, luchó y afrontó la muerte en las filas de los insurrectos de aquella inolvidable época. Pero, si victoriosa y convertida en gobierno estable, la Comuna se hubiese rodeado de un ejército reclutado legalmente y por la fuerza, y destinado a domar y masacrar al proletariado, es con los obreros en revuelta y contra ese ejército que Luisa hubiese combatido.

He aquí lo que es permitido afirmar — y para ello invoco el testimonio de todos los militantes que han conocido verdaderamente a Luisa Michel — pretender lo contrario es cínica y odiosamente desfigurar la verdad.

Disfrazar a Luisa Michel con el grotesco uniforme con el que se pavonean las amazonas del partido Comunista, es ultrajar a nuestra Luisa.

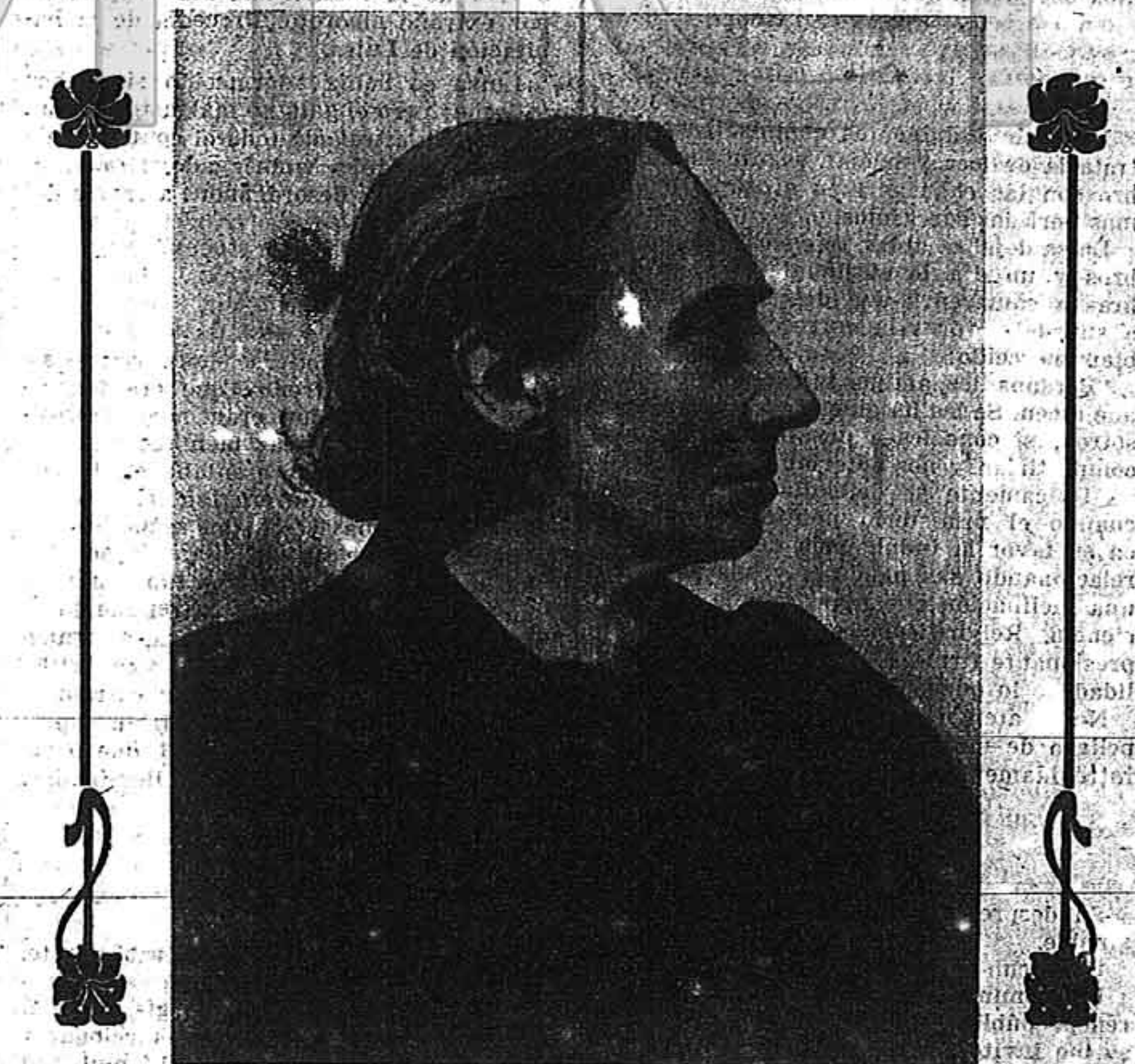
Siempre, siempre, habló ella como an-

Su júbilo mayor era encontrarse en medio de sus compañeros, perdida en la muchedumbre de los obscuros, absolutamente inadvertida; y solo se la apercebía en la primera fila cuando se trataba de obviar su persona, de afrontar el peligro, de arrastrar a los desheredados por la ruta roja de la insurrección, como en 1888 en la esplanada de los Inválidos, como en 1871 durante la Comuna; o cuando con Pouget y los camaradas anarquistas abría las panaderías para distribuir el pan a los sin trabajo hambrientos; o como el 1° de Mayo de 1891, en Vienne, donde, en compañía de Tennevin, Pierre Martin y los libertarios vieneses, ella invadía las usinas y decía a los obreros del textil a quienes los patrones reducían a la miseria:

"Tomad, esto es vuestro. Vosotros habéis fabricado estos tejidos; os pertenecen. Os los han robado. ¡Recuperadlos! O un poco más tarde, en El Havre, después de haber sufrido las balas, de cuyas casi muere, de un obrero fanatizado por las miserables calumnias que sobre ella se tejían, encontró aunque gravemente herida y cubierta de sangre, energías para defender a Lucas, su agresor, contra el furor de la multitud y a continuación, contra sus jueces; Luisa Michel se condujo en todas las circunstancias como anarquista.

He sido amigo íntimo de esta militante admirable. Hemos conversado juntos en más de cien reuniones. Durante cerca de tres meses hemos recorrido juntos este país, de norte a sud y de este a oeste. Era menester escucharla llamar a la revuelta a los desheredados, sublevarlos contra todas las fuerzas de opresión y de miseria, fustigar el espíritu de dominación de los gobernantes y la explotación de los capitalistas, predicar la extirpación, hasta en sus raíces más profundas, de todos los gérmenes de servilismo y de indolencia.

Siempre, siempre, habló ella como an-



Digo nuestra Luisa; pues es enteramente nuestra; y si por la acción revolucionaria que ella ha desarrollado, pertenece a la vasta y noble familia de los rebeldes, es a los anarquistas a quienes otorgo lo mejor de su corazón, lo más puro de su pensamiento y lo más recto de su acción.

La horrorizaban los jefes y la disgustaba la autoridad. Su modestia era tal que llegaba hasta el olvido de sí misma.

arquista, sin restricción de ninguna clase. Jamás he visto confundirse y completarse tan apasionadamente el odio y el amor; odio a la autoridad y amor a la libertad, odio a los poderosos, a los amos, a los jefes, y amor a los débiles, a los oprimidos, y a sus iguales los pobres. Su corazón estaba tan vibrante de ternura y de devoción por las víctimas de la Autoridad y del Capital, que, a pesar de su

excepcional bondad y de una piedad que parecía rechazar todo sentimiento contrario a la indulgencia y el perdón, encontraba, para señalar a los verdugos del pueblo que trabajaba, y sublevar a éste contra sus tiranos, incomparables aceros.

Ella no hubiera consentido jamás en estrechar su mano con la de los pseudo-revolucionarios, quienes pretendían libertar a los proletarios y hacer su felicidad proclamando bajamente, encareciendo, prometiéndolo, y asesinando a cualquiera que no acepte sin examen su tesis y no se someta ciegamente a sus decisiones.

Pensamiento, corazón, voluntad, brazo, conciencia, Luisa Michel pertenecía toda íntegra a la revolución social, a esa revolución que, aniquilando todas las instituciones de opresión política y de explotación capitalista, convertirá en fecunda realidad el sueño acariciado por los anarquistas de todos los tiempos: el Hombre libre sobre la Tierra libre!

Esta revolución es la única que conciben los anarquistas. Luisa Michel la ofreció su vida. Imitemosla.

Nadie quizás — más que Luisa Michel — ha tenido que sufrir el asalto de la calumnia en lo que ésta tiene de más abyecto. Como es costumbre corriente en el mundo burgués, se intentó al principio presentarla al público como a una muchacha perdida. Luego, no habiendo logrado atribuirle un solo amante, se le imputaron pasiones inconfesables y costumbres que constituían un culto a Lesbos.

Otros la pintaron como un marimacho sediento de pillaje y sangre.

Por mucho tiempo se la conoció únicamente, bajo el epíteto de "petrolera" y cuando se quería, aún entre el pueblo engañado, proferir la peor injuria contra una mujer, se lanzaba esta invectiva: "Anda, pues, Luisa Michel!"

Se podría efectuar una copiosa cosecha con los variados ultrajes con los cuales fué empapada.

Luisa no experimentó jamás la necesidad de justificarse; no cedió nunca al deseo de destruir la leyenda que el odio de los unos y la ignorancia de los otros habían logrado acreditar en las miserables masas que ella amaba, así como en los medios burgueses que detestaba.

Los más indulgentes complacíanse en tratarla de loca y hacían seguir su nombre con las chanzas más groseras o los más pueriles sarcasmos.

Luisa dejaba hablar, se encogía de hombros y un día le oí dirigir estas palabras a camaradas que deseaban infligir a sus detractores la corrección que habían merecido:

"Perdonadles, amigos míos; no saben lo que dicen. Se les ha amotinado contra nosotros; si conociesen nuestras ideas, las compartirían y nos amarían!"

Únicamente se defendía de ser loca cuando el ministerio público solicitaba en su favor la indulgencia de los jueces, relacionando sus palabras y sus actos a una inclinación que rayase en la inconsciencia. Reivindicaba entonces, con impresionante firmeza, la entera responsabilidad de lo que había dicho o hecho.

No la atormentaba ni la prisión ni el peligro de muerte al que se expuso tan intrépidamente durante la Comuna.

Su desprecio por el dinero era inimitable.

Un hecho entre mil.

Un domingo debíamos dar una conferencia pública en Levallois-Péret. Luisa me invitó a comer en su casa, con el propósito de dirigirlas juntas a la reunión que debía verificarse por la tarde. La víspera había obtenido doscientos francos; yo lo sabía.

Acepté su invitación y fui. Las doce, doce y cuarto, doce y media y todavía nada se había preparado para almorzar. Entre a la cocina y pregunto a Carlota, una camarada que velaba por ella, si habían a comer o no. Carlota terminó por confesar que de los doscientos francos recibidos la víspera sólo quedaban dos "sous".

Luisa había recibido por la mañana la visita de camaradas necesitados y se había despojado por ellos.

He aquí otro hecho.

Durante la jira de tres meses de la que ya hablé, Matha era nuestro tesoro. Cada día, a la puerta de Luisa y en la infinidad de un desfile de mujeres cargadas de niños, de ancianos en la indigencia, de locos, de enfermos, de inválidos, de camaradas necesitados. Solo detuvimos nuestra liberalidad cuando nuestro encargado de las finanzas vino a advertirnos que éstas estaban agotadas.

Luisa estaba tan dichosa de haber aliviado a algunos infortunados y tan aflijida de no poder aliviarlos más, que cuando Matha vino a darnos la fatídica advertencia: "Detenemos, ya no queda nada" no apenas a Luisa el haberlo dado todo, ni pensaba en ello; sino en no poseer ya nada para seguir distribuyendo.

Luisa Michel amaba los animales; era a los perros y gatos errantes y abandonados a quienes abría su modesta morada; cuanto más extenuados, enflaquecidos, llenos de barro estaban, con más placer los adoptaba.

Hace unos veinticinco años fuimos a las provincias y Luisa llevó un gato. Era un gato grande, bueno: pelado, viejo, tuerto, con una enorme cabeza. Tenía necesidad de cuidados y ella no quiso dejarlo en casa.

Pusimos a este viajero en un gran cesto y algunas veces en la tribuna de las salas en las que hablábamos, los maullidos de este felino se mezclaban con la voz del orador. Cuando esos maullidos llegaban a oídos del auditorio, este reía y nosotros también. Era familiar y regocijante.

Una vez, volviendo al hotel a media noche, y estando Luisa un poco agitada, hice subir a su habitación una taza de leche muy azucarada con una dosis bastante fuerte de ruhm. Fatigada, Luisa se había acostado, y estando la leche caliente la dejó cerca del pecho al alcance de la mano, pensando beberla cuando se hubiese enfriado un poco. Yo estaba en el cuarto vecino. Súbitamente, hacia las dos o tres de la madrugada fui despertado por extraño alboroto. Procedía de la habitación de Luisa.

Luisa se había adormecido sin beber la leche; pero el gato no malgastó el tiempo. Se había tragado todo el contenido de la taza y estaba embriagado. Era él el que daba saltos desordenados a través del cuarto.

Luisa Michel no era "hermosa"; prescindiendo de la frente, que era magnífica, y los ojos que eran muy expresivos, el rostro era más bien feo.

Pero, cuando se presentaba en la tribuna, su inspiración era tan feliz, se expresaba con convicción tan seductora, su mímica era tan apasionada, sus acentos tan arrebatadores y su voz tan sonora y tan penetrante, que su faz, reflejando la llama interior que la devoraba, se transformaba soberbiamente. Sus ojos brillaban, entonces, con resplandor extraordinario; todos sus rasgos adquirían expresión tan animada y tan móvil, que parecían como transfigurados e iluminados. Devenía hermosa.

Luisa Michel hablaba admirablemente. Su elocuencia era una amalgama de poesía, sentimentalismo y energía. Faltaba, en grado máximo, el don de emocionar y de arrastrar; ejercía sobre la multitud una verdadera fascinación. Su frase era llena, armoniosa, simple y límpida. Sus imágenes eran de una variedad y riqueza sorprendentes; eran casi todas desprendidas de los espectáculos, terrores o encantadores de la naturaleza. En la lírica, Luisa alcanzaba las cumbres más elevadas. Sobresalía al dejar hablar a su corazón; lo abría, cada cual podía leer en él; lo entregaba a todos y, he visto asambleas enteras bañadas por una emo-

Un gran escritor anglo-sajón de tendencias libertarias

JACK LONDON

SU OBRA

II

He expuesto en el precedente artículo, requiriendo en lo posible, la vida tan breve, tan dolorosa y tan atormentada del gran escritor vagabundo Jack London. No podía encontrar, en efecto, mejor prefacio al estudio de su obra que la narración de esta existencia romántica, en el sentido absoluto de la palabra, y que parece constituir el capítulo más apasionado. Entre los cincuenta y dos volúmenes que la componen hay pocos en los que no haya colocado, con una particular de su alma generosa y apladada del hombre, algunas de sus extraordinarias aventuras, o algún aspecto de sus múltiples transformaciones.

Y es, precisamente, lo que hace de esta obra una de las más humanas de nuestra época, y es igualmente por ello que cuando sea conocida como merece serlo, todo el mundo se apasionará por ella más aún que por la del gran burgués Rudyard Kipling, cuyo exotismo goza quizá del mismo poder y verdad, pero a la que falta la exquisita sensibilidad de Jack London, el vagabundo. Sin detenerme demasiado en el valor literario y en la expresión artística de esta labor grandiosa, es, como lo he dicho precedentemente, por su faz revolucionaria, por sus tendencias socialistas, más bien libertarias, que desearía, hoy, atraer la atención de esta revista.

Para ello, me bastará seleccionar, entre sus numerosas obras, aquellas en las que, me parece, Jack London ha condensado, con su pensamiento filosófico, frutos de las incandescentes lecturas, las verdaderas tendencias de su alma atormentada por la vida y rebelda contra las crueldades y las iniquidades del régimen capitalista burgués.

No tomaré en cuenta, pues, en esta selección, el orden cronológico sino únicamente la importancia que cada uno de los libros escogidos me ha parecido poseer, desde el punto de vista de la exposición de sus ideas. Efectuado este análisis, me será fácil, en una próxima crónica, comparar el pensamiento de este gran rebelde con el de otro cuyo nombre nos es caro.

He aquí primeramente *Martin Eden*, libro capital a mi parecer, en el estudio que yo intento, ya que, Jack London mismo, nos lo ofrece como una especie de autobiografía. En efecto, donde más nos habla de sí mismo, y donde ha expuesto en la persona de su héroe la educación de su alma y la formación de su espíritu. *Martin Eden* es el mismo Jack London, y debo decir que jamás autodidacta trazó con más clara y sobria elocuencia el análisis de su desarrollo intelectual y moral.

Para captar el génesis y mejor comprender el alcance de este hermoso libro del cual Jack London ha dicho, en una de sus cartas, que estaba a la cabeza

ción tan irrefragable que lloraban, sollozaban, amaban, acariciaban, golpeaban, luchaban, desafiaban la muerte con esta incomparable apostolado de la Revolución.

Como eludencia, solo dos mujeres he conocido que se le puedan comparar: Nellie Roussell y Severine.

Luisa Michel amó y fué amada. Se conocieron en las horas trágicas de la Comuna. El fue uno de los que cayeron heroicamente, afrontando a los mercenarios que estrangularon el movimiento comunista de 1871.

El corazón de Luisa permaneció, hasta el último latido, fiel a aquel que soñó hacerla su compañera de su vida.

Muerto él, ella solo tuvo una pasión: la revolución social; un ideal: Bienestar y Libertad para todos.

de sus preferidos, conviene que nos transportemos a la narración breve, que él mismo redactó, de su infancia en el aislamiento miserable del "Ranch" paternal.

He aquí, en efecto, un pasaje donde se encuentra en germen el fondo mismo de su libro predilecto:

"... No recuerdo que se me haya enseñado a leer o a escribir; y sin embargo podía hacer las dos cosas a la edad de cinco años... Una de mis primeras y más fuertes impresiones fué la ignorancia de las personas que me rodeaban. Había leído y devorado la *Athambia*, de Washington Irving, antes de mi noveno año y no podía comprender cómo era que los otros habitantes del "Ranch" no conociesen ni aún el nombre de este gran escritor. Más tarde llegó a la conclusión que esta ignorancia era característica en las gentes del campo (explotados por el capital) y pensé que los ciudadanos no eran tan limitados. Un día, un hombre de la ciudad llegó al "Ranch"; calzaba zapatos bien lustrados y vestía un hermoso traje, creí que tendría la suerte de cambiar ideas con un hombre cultivado... Con los drillos de una antigua china emolida había construido una Alhambra para mí: torres, terrazas, nada faltaba allí y las diferentes partes estaban señaladas con inscripciones de tiza. Allí conduje a mi ciudadano y lo interrogué sobre la *Alhambra*; era tan ignorante como un hombre del "Ranch"; entonces me consolé pensando que en el mundo sólo había dos hombres inteligentes, Washington Irving y yo... Mis otras lecturas en esa época consistieron principalmente en esos volúmenes de diez centavos que los obreros que venían a trabajar en el "Ranch" me prestaban, y en diarios en los cuales eran narrados, en folletín, las aventuras de pobres pero honestas empleadas de tienda.

"Con semejante alimento, mi espíritu era ridículamente convencional; pero la soledad hacía que leyera todo lo que caía bajo mis manos, y fuí fuertemente impresionado por una historia de Ouida, titulada *Signa*. Había en ella un muchachito que soñaba convertirse en un gran músico y tener toda Europa a sus pies. Por qué, me decía, muchachito también yo, no podría alcanzar la gloria que soñaba Signa?"

Es esta pasión infantil por la cultura intelectual y por la gloria la que forma el fondo de *Martin Eden*, es ella la que inspira el libro, lo sostiene y lo llena del primer capítulo al último.

Extraviado, sumergido en el caos de los conocimientos goldosamente adquiridos al precio de las peores miserias de una infancia casi abandonada, *Martin Eden*, es decir, Jack London, es víctima de un sufrimiento moral finalmente analizado y encuentra serio alivio el día en que caen bajo sus ojos las obras del gran filósofo evolucionista Herbert Spencer.

Fué con los "Principios de psicología", que *Martin Eden* comenzó su iniciación en la doctrina que debía revolucionar el pensamiento científico moderno, dándole definitiva orientación; pero teniendo en cuenta la inconsistencia e incoherencia de los conocimientos penosamente adquiridos por el joven autodidacta, lo que debía suceder sucedió; no comprendió nada de este arduo libro. No se descorazonó y apostrofeó incontinentemente a leer los "Primeros principios" del filósofo inglés.

Y la revelación comenzó.

Las páginas en que Jack London expone, analizando, los estados de alma por los cuales pasa su héroe, en el curso de esta iniciación, están, a mi parecer, entre las más hermosas de su obra. Nos hace asistir sin fatigarnos a sólo instante, a la formación de un alma, a la creación de un espíritu, a la edificación de una razón y de un carácter. "Martin Eden", nos dice, habiendo comenzado por la noche "Los primeros principios", la aurora lo sorprendió leyendo aún... Ayer, aún, en su cerebro un poco fatigado y desamparado, todas las representa-

ciones del mundo intelectual se agitaban confusas, imprecisas como sombras, no pudiendo encarnarse, y he aquí que Spencer lanzaba súbitamente, en este caos, esplendorosa luz, clasificando los conocimientos humanos, mostrando su admirable unidad, laborando las últimas realidades y presentando, a sus ojos maravillados, un universo concreto.

Y *Martin Eden* debió exclamar: "¡No! no existe Dios; sólo existe lo incognoscible, de cuyo Herbert Spencer es profeta". Y este impulso de entusiasmo no se debilita cuando descubre que el gran filósofo inglés, como el mismo Darwin, se detiene a medio camino en las últimas conclusiones de orden religioso, político o social que derivan necesariamente de sus indiscutibles premisas.

Todos aquellos de mis lectores que han podido familiarizarse con la obra Spenceriana saben que su autor no sólo se detuvo a medio camino, sino que bajo la influencia de sus orígenes, de su mentalidad y de su educación burguesa, atenuó singularmente, hacia el fin de su vida, el individualismo de su doctrina, y que después de haber escrito "El individuo contra el Estado" tomó vigorosamente la defensa de éste y protestó con significativa vehemencia, contra las conclusiones que socialistas, comunistas y anarquistas pretendían con razón tener derecho de inferir del conjunto de su obra.

Así mismo, los más ilustres continuadores de la obra de Darwin y de Spencer, Haeckel a la cabeza, han continuado, bajo las mismas influencias, esas tácticas de reacción y se han esforzado en presentar la nueva doctrina, no solamente como desfavorable al socialismo comunista y anarquista sino hasta fundamentar los derechos de la "ELITE", es decir, de la aristocracia, sobre el mismo darwinismo.

En el célebre discurso que pronunció, en 1877, en el congreso de los naturalistas, en Munich, Ernesto Haeckel resumió más o menos así toda la argumentación opuesta a las tentativas hechas para apoyar las doctrinas revolucionarias sobre las teorías de la evolución.

1) Esas doctrinas tienden a una igualdad química de todos y de todo. El darwinismo, por el contrario, no solamente comprueba sino explica las razones orgánicas de la desigualdad natural de las aptitudes y aún de las necesidades de los individuos.

2) En la vida de la humanidad, como en la de las plantas y animales, la lucha por la vida, en los que nacen está destinada a perecer, para que una pequeña minoría solamente triunfe en la "lucha por la vida"; la doctrina socialista y revolucionaria pretende por el contrario que todos deben triunfar en esta lucha y que nadie debe ser vencido — lo que es, por ende, contrario a la doctrina darwinista, es decir a la verdad científica.

3) La lucha por la existencia, asegura la "supervivencia de los mejores, la victoria de los más aptos" y sigue, por consecuencia, un proceso aristocrático de selección individual, en lugar de la democrática nivelación concebida por las doctrinas revolucionarias (socialista, comunista, anarquista).

Contra esta defensa pretendidamente científica de la genil sociedad capitalista y burguesa que apenas ver así resumida y formulada por un espíritu tan clarividente como el del gran naturalista alemán, Jack London se opone con fuerza y precisión verdaderamente asombrosa en un escritor de imaginación.

Cuando se lee su hermoso libro titulado: "El lobo de los mares", nos preguntamos si no lo ha escrito para encarnar en su héroe, Loup Larsen, la doctrina de la "lucha por la vida", con su implacable crueldad y tal como aparece, con sus consecuencias sociológicas, a los defensores del régimen capitalista y burgués.

Loup Larsen es un verdadero monstruo a quien la naturaleza ha donado al mismo tiempo que el summum de la fuerza física, una inteligencia notable y la facultad de asimilación que le ha permitido, pese a su existencia atormentada de andado, adquirir una cultura científica y cuya se mostrara orgulloso "as de un pretendido sabio. Ha leído y reído la literatura darwinista de nuestro tiempo. Conoce a fondo la obra filosófica de Spencer.

Manda como amo absoluto, como tirano, un barco que ha robado, armado, equi-

pado y dispuesto a partir para la pesca de la foca en los mares del norte.

Su superioridad física e intelectual sobre estos humildes proletarios del mar es tal, que los considera como su cosa, su propiedad, así como a la goleta robada.

Exige de ellos la obediencia pasiva del perro a su amo, y la más leve tentativa de resistencia es en seguida reprimida a golpes de su formidable puño. En una palabra, ha llegado a inspirarles una especie de terror sagrado, semejante al que experimentan los salvajes más primitivos ante su gran fetiche.

Darwinista convencido, Loup Larsen justifica a sus propios ojos por la ley del más fuerte y los derechos del más apto, todos sus crímenes de lesa humanidad.

Frente a este protagonista de la fuerza y sus crímenes legítimos por la ciencia, se levanta Jack London mismo en la persona del más humilde, del más débil de sus marineros.

Habiendo naufragado el paquebot sobre el cual éste se hallaba, es recogido en medio de la tempestad por el barco de Loup Larsen, en cuya propiedad se convierte con el mismo título que los otros hombres de su tripulación. Y a partir de ese momento, la más extraña, la más apasionada de las luchas morales se trahe entre dos "intelectuales" de los cuales uno posee la fuerza, el prestigio físico del león, y el otro la debilidad y fragilidad aparente del mosquito.

A la doctrina darwinista, que el tirano del barco expone, con sus consecuencias más feroces, a su nuevo esclavo, para justificar los abusos de su propia tiranía y los de la sociedad, el esclavo replica como si en la misma víspera hubiese leído las hermosas páginas de Kropotkin sobre "el apoyo mutuo"; le muestra que la lucha de clases por la cual se guiará el mundo nuevo, no es otra cosa que la ley darwinista de la "lucha por la vida" transportada de los individuos a las colectividades; y que al mismo tiempo la noción y la conciencia siempre creciente de la solidaridad humana, han atemperado más y más, a través de los siglos, todo lo que había de feroz en la naturaleza, la gran lucha por la vida.

Necesitaría aquí un lugar del que no dispongo para citar los diálogos, verdaderos choques científicos entre los dos hombres a propósito de mil incidentes de la vida de abord, en los que Loup Larsen abusa de su fuerza parapetándose detrás de Spencer y Darwin.

En *Iron Heel*, otro de sus libros que merece ser leído y releído, Jack London ha formulado y desarrollado la profesión de fé de un socialista revolucionario apasionado y sincero. Ha dicho lo que piensa de la iglesia y del cristianismo tal como aquella lo ha moldeado para el mejor provecho de su clero.

"... La iglesia, escribe, no enseña más y practica menos aún las doctrinas de Cristo; de ahí que los obreros no quieran reconocerla. La iglesia perdona y aún sostiene la horrible brutalidad y el salvajismo con los cuales el capitalismo abruma a la clase obrera..."

Escuchad aún las hermosas palabras siguientes que pone en boca de *Martin Eden* dirigiéndose a los capitalistas y los burgueses:

"No se puede anular la ley del desarrollo; os es fácil negarla; pero ¿dónde está la nueva ley que mantendrá vuestra fuerza?... Ha pasado el tiempo en que unos se pasaban mientras trabajaban los esclavos; los esclavos no soportaban más eso; son demasiado numerosos para dejar al caballero el tiempo de montar a caballo..."

Y volviendo sobre este tema en *Iron Heel*, añade:

"Si el hombre moderno tiene una capacidad de producción mil veces superior a la del hombre de las cavernas, ¿por qué, en los Estados Unidos, no están convenientemente alojados y alimentados quinientos millones de hombres?... ¿Por qué trabajan tres millones de niños? La culpa es del capitalismo que dirige en forma tan criminal e injusta."

Estas verdades dolorosas que son las consecuencias fatales del régimen capitalista y burgués, las volvemos a encontrar extensamente expuestas en otro de sus li-

bro: *Burning Daylight*, que considero como su obra maestra.

Es la historia de un modesto buscador de oro, obrero minero, maravillosamente dotado, lo mismo que Loup Larsen acerca de la relación entre fuerza física e inteligencia, y que al precio de esfuerzos inauditos pero rápidamente coronados por el éxito, se convierte en multimillonario.

Como *Daylight* es, sobre todo, un luchador, y como para él, la vida solo tiene valor cuando se lucha contra los elementos o los hombres, llega a Nueva York con la intención de hacer morder el polvo a todos los grandes tiranos de Estados Unidos, monopolizadores y otros, que son los verdaderos reyes de América y del mundo. Es decir que con los millones arrancados al suelo misterioso de Klondike, el obrero *Daylight* no tarda en adquirir la mentalidad de capitalista y se transforma en una especie de Loup Larsen civilizado.

"Lo mismo que la riqueza, la civilización no había mejorado a *Daylight*. En efecto, sus trajes eran del mejor corte,

sus maneras habían ganado y hablaba un inglés más correcto. Como jugador y como dominador, su inteligencia se había notablemente desarrollado. Se había habituado a una vida más amplia, y su espíritu había adquirido en las luchas feroces y complicadas con los hombres. Pero su carácter se había endurecido; la bondad y la simple alegría de los otros tiempos había desaparecido... Se había hecho frío y brutal. El poder había obrado sobre él como sobre todos los hombres. Despreciando de los grandes explotadores, despreciando el rebaño de los estúpidos explotados, sólo en su tentación flaquea... No era más, físicamente, el hombre de los músculos de hierro que había descendido de Arctico. Sus músculos se volvían flácidos y su sastrería atrajo su atención sobre un comienzo de gordura pues efectivamente el vientre comenzaba a resaltar..."

P. Vigné D'OCTON.

(Concluída)

Para la historia de la actividad parlamentaria en el moderno movimiento obrero

(Conclusión)

1.º que la destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado;

2.º que toda organización de un poder político llamado provisorio y revolucionario para realizar esa destrucción no puede ser sino un engaño más y sería tan peligroso para el proletariado como todos los gobiernos existentes hoy;

3.º que, rechazando todo compromiso para llegar a la realización de la revolución social, los proletarios de todos los países deben establecer al margen de toda política burguesa, la solidaridad de la acción revolucionaria."

Desde entonces data en el campo socialista el abismo entre los partidarios de la acción directa revolucionaria y los defensores de la "acción parlamentaria" de la clase obrera, que se ha vuelto más infranqueable y más amplio en el curso de la evolución.

Por algunas observaciones accidentales que hizo casualmente Marx sobre el parlamentarismo se ha formado la leyenda de que él y Engels han combatido siempre la actividad parlamentaria de la clase obrera en los cuerpos legislativos del Estado burgués, y que en consecuencia la socialdemocracia ha perpetrado una traición a los principios de la doctrina marxista al elevar la política electoral a la tarea más distinguida de su actividad.

Es cierto que Marx durante su primer período en el movimiento socialista se comportaba bastante escépticamente ante el parlamentarismo. Pero desde 1868 se modificó su actitud en este problema de una manera esencial y se inclinó desde entonces resueltamente a la parte opuesta. No cabe duda que ha contribuido mucho la propaganda triunfal de Lassalle a ese cambio de ideas. Que esto no es una afirmación arbitraria de nuestra parte se deduce de una gran parte de ejemplos extremadamente interesantes.

Cuando Wilhelm Liebknecht pronunció en 1869 en Berlín su famoso discurso sobre la actividad política de la socialdemocracia, en el que no se rechazó por razones de principios la actividad parlamentaria de la clase obrera, como se sostuvo falsamente, sino que fué sometida a una fuerte crítica, Marx no estaba de acuerdo de ningún modo con esa actitud. En una carta a Engels, fechada el 10 de agosto de 1869, escribió con innegable ironía:

"Wilhelm, en la parte impresa de su discurso (pronunciado en Berlín), la posición política de la socialdemocracia da testimonio de saber orientarse en las cosas dentro de la falsedad con una perspicacia que no se puede negar. Por lo demás eso es muy hermoso! Porque el Reichstag sólo puede utilizarse como medio de agitación, no se puede agitar allí

nunca en pro de algo razonable y directamente relativo a los intereses de los trabajadores!"

Por consiguiente Marx se pronunciaba por una actividad positiva en el parlamento en un tiempo en que sus partidarios en Alemania rechazaban la colaboración directa en el Reichstag por motivos de principios y declaraban la actuación parlamentaria simplemente para fines de agitación.

En la misma época vemos cómo se difundió en las secciones de la Internacional de Ginebra un oportunismo que causó grandes daños a la propaganda socialista. Un cierto Cullery, un médico del Jura bernés, había llevado a los obreros a concertar acuerdos electorales con los liberales de Neuchâtel, de tendencias monárquicas. Otra vez apoyó a los radicales burgueses para quienes la Internacional era una pesadilla. La Federación revolucionaria del Jura, a la que también pertenecía Bakunin, adoptó una enérgica actitud contra semejante confusión de los principios socialistas y se llegó a una escisión formal. Pero Marx se puso de parte de los oportunistas y se declaró textualmente "contra el proletariado del Jura de espíritu puramente socialista y revolucionario."

Cuando en 1873 estalló la revolución en España, los internacionales, que estaban casi exclusivamente con las ideas anarquistas, marcharon, por su propia vía al margen de los partidos burgueses, para obrar en el sentido de la revolución social por la expropiación de la tierra y de los medios de producción. En Alcoy, en Sanúcar de Barrameda, en Sevilla, en Cartagena y en otros lugares estallaron huelgas generales y francas insurrecciones, que fueron poco a poco, seriamente, aniquiladas. El que se mantuvo más largamente fué el puerto militar de Cartagena, que estuvo varios meses en manos de los rebeldes, hasta que finalmente cayó merced a la ayuda de barcos de guerra prusianos e ingleses. En esa ocasión crítico Engels en el *Volksstaat* a los bakuninistas españoles de la manera más dura y les reprochó principalmente que no se habían adherido a los republicanos burgueses y no se cansó de advertir que en España, donde la industria estaba tan poco desarrollada, para los trabajadores era imposible la "acción política". Páguense como juzgara Engels la actitud de sus partidarios bolchevistas en Rusia, que se apartaron tan notoriamente de las leyes de la interpretación materialista de la historia y trataron de realizar a su modo el comunismo en un país donde existen 128 millones de campesinos y apenas cinco millones de trabajadores industriales. No hay duda, habría estado de parte de los menchevistas y habría hablado de una

unión de los obreros con la burguesía liberal.

Cuando después del congreso de Ertfur, en 1861 fueron expulsados del partido socialdemócrático los llamados "jóvenes", porque habían promovido exactamente las mismas acusaciones que promueve hoy Lenin contra los oportunistas y los kautskyanos, los elementos opositores fundaron un partido propio, que tuvo su órgano en el *Sozialist* de Berlín. Esta tendencia al principio era estrictamente marxista y defendía concepciones que son casi idénticas a las del actual partido comunista. Si se lee por ejemplo el escrito de Hermann Teisler, "Der parlamentarismus und die Arbeiterklasse", como en general los artículos básicos del *Sozialist* de aquel período, se tropieza allí exactamente con las mismas ideas que se encuentran hoy en todas partes en la prensa comunista de Alemania y que también Lenin expresó en su libro "El Estado y la revolución proletaria".

Como los bolchevistas rusos y los adeptos al K. P. D. rechazaron en otro tiempo los "socialistas independientes" la democracia; en el sentido burgués y negaron toda participación en los parlamentos burgueses en mérito a supuestos principios marxistas.

¿Pero cómo juzga Engels a los jóvenes que habían atribuido, lo mismo que hoy los "comunistas", a los jefes del partido socialdemócrata traición al marxismo? En una carta a Sorge, fechada el 24 de octubre de 1891, se despacha el viejo Engels en las siguientes efusiones amorosas:

"La oposición de los berlineses insolentes, en lugar de acusar cayó inmediatamente en el banquillo de los acusados, se comportó de una manera miserablemente cobarde y debe ahora arreglarse fuera del partido como quiera. Entre ellos indudablemente hay elementos policiales, otra parte son anarquistas escondidos que quieren ganar en silencio nuestras gentes; al lado de estos, de estudiantes inflados, candidatos fracasados, gloriosos de toda especie. En total no son 200 hombres".

Una muestra de los nombres cariñosos que Engels dirigía a los "comunistas" que se consideraban tan pretenciosamente como los cancerberos de los principios marxistas.

Que Engels estaba completamente de acuerdo con la táctica de la socialdemocracia, lo demuestra también su prefacio a la serie de artículos de Marx "La lucha de clases en Francia", publicada en 1895, donde dice:

"La ironía de la historia mundial lo trastorna todo. Nosotros, los "revolucionarios", los "derrumbadores", prosperamos mejor en los medios legales que en los ilegales y en la revolución. Los partidos del orden, como se llaman a sí mismos, desaparecen en nuestra legalidad. Gritan desesperados con Odillon Barrot: la legalité nous tue, la legalidad nos mata mientras que nosotros ganamos en esa legalidad músculos elásticos y rojas mejillas y aparentamos como la eterna vida".

No se podía justificar mejor los métodos de la vieja socialdemocracia. De estas cosas no quiere decir una palabra Lenin y menos sus amigos de Alemania. Nuestros socialistas mayoritarios solo necesitan apelar a ellas para señalar que son los verdaderos representantes del marxismo. Y el que conozca la historia debe dárles la razón. El marxismo fué el que llevó a la clase obrera a la actividad parlamentaria y el que determinó la evolución interna de la socialdemocracia alemana. Tan sólo cuando los verdaderos socialistas de Alemania vislumbren este conocimiento, comprenderán que el camino de la liberación social no llevará a la tierra de promisión del socialismo por medio, sino por encima del marxismo.

RUDOLF ROCKER.

No existe razón para recurrir a la providencia del Estado, pues el hombre es anterior al Estado, ya que antes de que se formara él la sociedad civil tenía por naturaleza el derecho de proveer a sus necesidades. — LEÓN XIII. —

NIETZSCHE Y EL ANARQUISMO

(Conclusión)

Que entre hombre y hombre haya abismos, que haya una moral de los patrones y otra de los esclavos, que puedan coexistir dos civilizaciones distintas y enteramente diversas es cosa de alcoholistas de la filosofía y de literatos de la política. Solo Nietzsche, que se autodefinía el "Don Juan del conocimiento", podía reconocer en salsa darwinista los héroes de Carlyle.

No alargaré el campo del examen crítico. Creo que basta con poner en relieve las fundamentales posiciones antitéticas del anarquismo y del individualismo nietzscheano.

Primero la histórica. Para nosotros el Superhombre nietzscheano es un fantoche de novela o un tirano histórico: rey príncipe o demagogo. Tiene los defectos de los más, de la "grey". Y no tiene las virtudes de los hombres que no se empantanar sino que trabajan, osan, se sacrifican en el anónimo gris de la muchedumbre, a la pequeña luz de una gran sabiduría.

El dominador encontró siempre los poetas, los imbeciles y los sirvientes, que lo exaltaron. El ojo del historiador ve también estas cimas que están iluminadas por ese sol poniente que es la fama, pero ve que las cimas no existen sin la montaña y que ésta es la fatiga, el esfuerzo de las multitudes.

El culto de los héroes es justo cuando en los héroes se ven y se aman las mayores expresiones históricas de lo que de superior hay en la humanidad, pero es falso cuando reduce la dialéctica sucesión de las colectivas voluntades de vida a una serie de biografías ilustres. El individuo y la multitud están estrechamente unidos en la civilización, y en vano se intenta con sofismas simplistas y retóricos, separarlos o ponerlos en una posición profundamente antagónica.

Las multitudes son la tierra y los grandes hombres las plantas. El desarrollo colectivo condiciona el individual. El Superhombre no es más que la individualización del progreso colectivo. Todos los grandes son hijos del siglo. Donde la tierra no está labrada tenemos el cardo inútil. Donde la tierra es fecunda tenemos el buen grano. En una sociedad de esclavos tendremos el patrón; en una sociedad de libres tendremos el hombre que domina con su genio, con sus obras útiles, con el atractivo de una personalidad elevada.

Las aristocracias son una ley de la historia. Son en el mundo social lo que en el desarrollo biológico son los caracteres nuevos del organismo que se perfecciona. Pero aristocracia significa superioridad real, no jerarquía de dominio externo. Las aristocracias que, superado el esfuerzo de afirmación, se consolidan exteriormente, es decir con el privilegio y la violencia, llevan en su seno el germen disolvente.

Luego, no se ve cómo el Superhombre nietzscheano pueda ser tal si su altura solo es dada por la servil baja de los demás.

Es más fácil, en efecto, afirmarse en la vida apoyando la voluntad de dominio en las debilidades y bajezas de los demás, que afirmarse interiormente, transformando nuestra personalidad según un ideal de vida.

Dominar a los otros significa hacer nuestras las deficiencias y desviaciones morales que hacen que los otros sean dominables.

Pero también un concepto económico, en sentido amplio, determina esta posición nuestra: la convicción de que no podemos superarnos más que permaneciendo en nuestra humanidad particular. El Superhombre no es antepuesto, en nuestra concepción, al hombre. Le es innatamente, íntimo y continuamente presente. El Superhombre es un término usado por Nietzsche para indicar el hombre

ideal contrapuesto al común. El hombre común es el que vive contento o mezquinamente descontento de su pobre vida cotidiana. El que no procura salir del círculo de sus costumbres, de sus placeres, de sus aspiraciones. Cualquiera idealismo rechaza tal hombre. Pero es un error el de considerar, como lo hace Nietzsche, la vida cotidiana, la normalidad del individuo, como campos cerrados a lo sublime. Con razón Croce pregunta, escribiendo de la "moral heroica": ¿acaso es ella algo más que una bella frase? Y observa que en la moral común hay todo lo necesario para ser héroes, y que la moral heroica es un eufemismo para designar una actitud que es a la vez diletantismo y sensualidad.

Moral común equivale aquí, se entiende, a la conciencia de hacer o de deber hacer siempre más y mejor lo que nuestra vida nos ofrece como posibilidad de bien. Los que no hacen nada porque lo poco que podrían hacer cotidianamente les parece despreciable; los que no realizan las pequeñas buenas acciones porque sueñan y se forjan la ilusión de querer las grandes, generosas, sublimes acciones, son Superhombres de opereta. Desprecian la vida como banal comedia, aspiran al drama de tintas fuertes, y son personajes de farsa. Todos, desgraciadamente, nos parecemos un poco a ellos. Amar a la humanidad es más fácil que amar a nuestro semejante, con sus defectos y con las obligaciones de prueba de afectos que eso nos impone. Soñar grandes cosas es más cómodo que hacer muchas pequeñas cosas, que sin embargo requerirían ese espíritu de sacrificio, esa voluntad que nos hacemos la ilusión de poseer para las grandes. En la infancia, cuando los deberes son gravosos y se huye a la escuela ¡cuántos grandes sueños! Pero luego, diariamente, con el crecimiento de las fuerzas intelectuales y morales, nos damos cuenta de los límites de la vida. Y llegamos, en parte, a persuadirnos de que cada uno debe tratar de "ser" en su orden: buen trabajador, buen padre, buen ciudadano. Y si sentimos esta dignidad del esfuerzo cotidiano y de la cotidiana renuncia, nuestra pequeña vida no nos parecerá mezquina. El hombre que ama a los suyos ama también a su prójimo más lejano; el hombre que conoce la alegría y siente la dignidad del trabajo, conoce el dolor y tiene conciencia de sus derechos. Se siente unido a los que sufren, que son oprimidos, que luchan. Sabe reivindicar su derecho a un poco de sol.

Una vida de diarios esfuerzos de voluntad y de diarias experiencias de dolor y de amor vale ciertamente más que los sueños perezosos de los Superhombres, que se creen tales solo porque no saben, no quieren ser "hombres".

Vale más cualitativamente, en cuanto requiere virtudes más íntimas; y también potencialmente, en cuanto forma más y mejor nuestra personalidad.

Nietzsche soñaba, soberbiamente, no tener un par de lectores dignos de él.

Sus libros, al contrario, fueron saqueados, y encontró demasiados Supernombres. Entre estos están ciertos individualistas que lo rumian, sin digerirlo. Y entre estos pseudonietzscheanos están los que afectan el más profundo desprecio por la humanidad: *Mit ihm ipsi scripsi*, pero el hecho de que buscaba editores y traductores demuestra que escribía para sí mismo.

El verdadero individualista no busca de comunicar a los otros su concepción de la vida y de la sociedad. Esos individualistas que no hacen más que chillar "Yo soy el Único, yo desprecio a la humanidad", etc., hacen pensar en aquellos escépticos que dudan del pensamiento y escriben volúmenes de filosofía. Si no tuviésemos de estos "Únicos", en nuestras filas y no fuesen tan invasores, no hablaría de ellos. Pero ya que hay sedicentes anarquistas que creen poder conciliar

las fantasías poéticas de Nietzsche con el anarquismo tal como es en sus más genuinos filósofos: desde Proudhon a Guyau, nos ocupamos de ellos.

Hemos visto que el Superhombre nietzscheano tiene una moral. Y esto lo quiere hacer presente a esos vulgares inmorales que son los monitos zaraturistas.

A su derecho de más fuerte el Superhombre acompaña un alto deber; al dominio agrega la responsabilidad.

El hombre sabrá dominar a los otros solo cuando sea señor de sí mismo. Será duro con su propio cuerpo y con su propio espíritu. Contará entre sus deberes también los propios derechos y privilegios. La nueva nobleza tendrá por lema y por principio: "A mayores derechos, mayores deberes".

El Superhombre es, pues, un ideal ético. Nietzsche niega la moral para afirmar su moral.

Los Superhombres, al contrario, encuentran más cómodo dispensarse de las comunes obligaciones morales, sin buscar de volverse los dominadores de sí mismos; condición necesaria para afirmarse en la vida aún en sentido nietzscheano. No son ni héroes ni hombres. Superhombres, los llamaría Goethe, que usaba este término para burlarse de los semi-hombres.

Para los individualistas el anarquismo no es más que "un medio de agitación del individualismo", como se dice en la "Voluntad de Potencia".

Aquí se impone un dilema. O los individualistas aspiran a convertirse en Superhombres en sentido nietzscheano, y entonces no tienen nada que hacer con un movimiento que tiende a realizar una sociedad y un tipo humano que están muy lejos del mundo de Zarathustra, o los individualistas son unos buenos muchachos que no pueden renunciar a las bellas frases y no consiguen salir del mundo pintado de... lo sublime, y entonces procuran sistematizar su pensamiento.

Un individualista, Palante, en su libro *La sensibilidad individualista*, reconoce que el anarquismo es inconciliable con el individualismo, diciendo: "El anarquismo cree en el progreso. El individualismo es una actitud de pensamiento que se podría llamar no histórica. Niega el porvenir, el progreso. Ve en el *quærer-vir* humano un eterno presente".

Bastaría el pesimismo nietzscheano para excluir a Zarathustra del anarquismo. Pero hay individualistas que lo hacen entrar. Y en vez de abrirse un camino procuran deshacer el nuestro. ¡Pero por suerte la guerra y el fascismo nos han desembarazado de muchos Superhombres! Hemos quedado en la brecha nosotros, sin lrisismos y sin zancos. Procuemos aprovechar para dar luz a nuestro pensamiento y dirección a nuestra voluntad.

C. B.

N. de R.— En el número anterior, algunos párrafos de la primera parte de este artículo, aparecieron confusos, a causa de una transposición de líneas. Para subsanar ese error, los reproducimos íntegros aquí, tal como debieron aparecer:

¡Casi todos los apóstoles del Verbo de Zarathustra son personas embadurnadas de literatura.

Los filósofos, los mayores, consideran a Nietzsche un "literato". Los sociólogos y los médicos lo condenan como un loco, un decadente.

Las acaloradas discusiones que se han encendido, continúan encendiéndose y se encenderán por mucho tiempo todavía, en torno a su nombre, demuestran que la obra del poeta hace sobrevivir el pensamiento del filósofo. La palabra del poeta es cálida, relampagueante y resuena en el crepúsculo del pensamiento consiguiendo revivir a la multitud de los esleas.

EL ULTIMO PIC-NIC DE LA TEMPORADA SE EFECTUARA EL PROXIMO DOS DE MARZO